

ANDANDO COMO CRISTO ANDUVO:

La Cuarta Prueba del Verdadero Creyente

1 Juan 2:5–6

«Pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.»

— 1 Juan 2:5–6 (RVR1960)

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos en Cristo, en las semanas anteriores hemos examinado las pruebas que el apóstol Juan nos presenta para discernir la autenticidad de nuestra fe. Hemos visto que sabemos que somos cristianos porque guardamos los mandamientos de Dios (1 Juan 2:3), porque reconocemos que somos pecadores que necesitan la gracia (1 Juan 1:8–10), y porque confesamos que Jesús es el Cristo venido en carne (1 Juan 4:2–3). Ahora llegamos a una prueba particularmente práctica y desafiante: **la prueba de la imitación de Cristo**.

El Pastor Bautista Paul David Washer ha señalado con profunda claridad: «La evidencia de que una persona ha sido verdaderamente convertida no se encuentra meramente en una decisión pasada, sino en una vida presente que refleja el carácter de Cristo. El verdadero creyente no solo cree en Cristo, sino que camina como Cristo caminó.» Esta declaración resume magistralmente lo que Juan nos enseña en nuestro texto de hoy.

Pregunta Central: *¿Cómo pueden ustedes saber que verdaderamente pertenecen a Cristo? La respuesta del apóstol Juan es clara: examinando si su vida refleja el andar de Jesús. ¿Desean ustedes imitar a Cristo? ¿Anhelan crecer en conformidad con Él?*

En esta exposición examinaremos cinco aspectos fundamentales:

- A. El significado de guardar la Palabra de Dios**
- B. El amor de Dios perfeccionado en nosotros**
- C. La certeza de estar en Cristo**
- D. La obligación moral de andar como Cristo**
- E. Las características del andar de Cristo que debemos imitar**

A. EL SIGNIFICADO DE GUARDAR LA PALABRA DE DIOS

Versículo clave: «Pero el que guarda su palabra...» (1 Juan 2:5a)

El verbo griego *τηρέω* (teréo) que Juan utiliza aquí significa mucho más que simplemente «obedecer» de manera externa. Este término implica guardar algo como un tesoro precioso, vigilarlo con cuidado, preservarlo con diligencia. El presente participio *ὁ τηρῶν* indica una acción continua y habitual — no un acto aislado, sino un estilo de vida caracterizado por la obediencia amorosa.

1. La diferencia entre «guardar» y meramente «conocer»

Juan establece un contraste deliberado entre quienes dicen conocer a Dios pero no guardan sus mandamientos (v. 4) y quienes verdaderamente guardan su palabra (v. 5). El Profesor del seminario bautista y erudito del idioma griego A.T. Robertson observó: «El conocimiento genuino de Dios se demuestra no en profesiones vacías, sino en la obediencia práctica a su palabra revelada. Guardar (*teréo*) implica vigilancia activa y preservación cuidadosa.»

Santiago nos advierte sobre este mismo peligro: «Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos» (Santiago 1:22). El mero conocimiento intelectual sin obediencia práctica es autoengaño espiritual.

2. «Su palabra» — la revelación completa de Dios

La expresión «su palabra» (*τὸν λόγον αὐτοῦ*) es más amplia que «sus mandamientos» del versículo 3. Abarca toda la revelación divina — los preceptos, las promesas, las doctrinas, y la persona misma de Cristo como el Logos encarnado (Juan 1:1,14). Guardar la palabra de Dios significa abrazar todo el consejo de Dios, no seleccionar solo las partes que nos resultan convenientes.

El Príncipe de los Predicadores, Charles Haddon Spurgeon, escribió en *The Sword and the Trowel*: «El cristiano verdadero no trata la Palabra de Dios como un menú del cual puede elegir según su gusto. La recibe entera, la atesora completamente, y procura obedecerla en todas sus partes. Este es el sello distintivo de la fe genuina.»

3. La obediencia como fruto de la gracia, no como medio de salvación

Es crucial entender que Juan no está enseñando salvación por obras. El apóstol ya ha establecido que la sangre de Cristo nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7) y que Él es la propiciación por nuestros pecados (1 Juan 2:2). La obediencia que describe aquí es el *fruto* de la salvación, no su *causa*. Es la evidencia de la vida nueva, no el medio para obtenerla.

La Segunda Confesión Bautista de Londres de 1689 declara en el capítulo 16, párrafo 2: «Estas buenas obras, hechas en obediencia a los mandamientos de Dios, son los frutos y las evidencias de una fe verdadera y viva; y por ellas los creyentes manifiestan su gratitud, fortalecen su seguridad, edifican a sus hermanos, adornan la profesión del evangelio, tapan la boca a los adversarios.»

Textos de apoyo:

Juan 14:15: «Si me amáis, guardad mis mandamientos.»

Juan 14:21: «El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él.»

Apocalipsis 3:8: «Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.»

Pregunta para reflexión: ¿Guardan ustedes la Palabra de Dios como un tesoro precioso, o la tratan como una sugerencia opcional? ¿Hay áreas de la revelación divina que han dejado de lado por inconvenientes?

B. EL AMOR DE DIOS PERFECCIONADO EN NOSOTROS

Versículo clave: «...en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado» (1 Juan 2:5b)

Esta declaración es extraordinariamente rica en significado teológico. El verbo «perfeccionar» (τετελείωται — teteleiotai) está en perfecto pasivo, indicando una acción completada con resultados permanentes. El amor de Dios ha alcanzado su propósito, su meta, su cumplimiento en el creyente que guarda su palabra.

1. ¿Qué significa «el amor de Dios»?

La expresión «el amor de Dios» (ἡ ἀγάπη τοῦ θεοῦ) puede entenderse de tres maneras complementarias:

- (a) *El amor que Dios tiene hacia nosotros* — el amor objetivo que Él nos ha demostrado en Cristo.
- (b) *El amor que nosotros tenemos hacia Dios* — nuestra respuesta de amor y obediencia.
- (c) *El amor divino derramado en nosotros* — la naturaleza amorosa de Dios implantada en el corazón regenerado.

El Teólogo bautista John Dagg enseñó con sabiduría: «El amor de Dios no permanece como una doctrina abstracta en la mente del creyente; se convierte en una fuerza transformadora que moldea toda su vida. Cuando este amor alcanza su propósito en nosotros, produce obediencia gozosa y semejanza progresiva a Cristo.»

2. El significado de «perfeccionado»

El término griego τελειόω (teleioō) no significa perfección absoluta en el sentido de impecabilidad, sino completitud, madurez, alcanzar su propósito designado. El amor de Dios se «perfecciona» cuando logra su objetivo: transformar al creyente a la imagen de Cristo y producir una vida de obediencia.

El Pastor Bautista reformado D. Martyn Lloyd-Jones explicó: «El amor de Dios no es simplemente un sentimiento que experimentamos; es una fuerza dinámica que obra en nosotros y a través de nosotros. Cuando guardamos su palabra, ese amor alcanza su propósito — nos transforma y nos hace instrumentos de su gracia en el mundo.»

3. La relación inseparable entre amor y obediencia

Juan nos enseña que el amor genuino hacia Dios nunca existe en aislamiento de la obediencia. No podemos amar a Dios y simultáneamente rechazar su voluntad revelada. El amor verdadero se deleita en agradar al amado y busca conocer y cumplir sus deseos.

El Pastor Bautista John Bunyan, en *El Progreso del Peregrino*, ilustró hermosamente cómo el amor de Cristiano hacia su Señor lo impulsaba a perseverar en el camino estrecho a pesar de todas las dificultades. El amor genuino no busca atajos ni caminos fáciles; sigue las pisadas del Maestro cueste lo que cueste.

Textos de apoyo:

Romanos 5:5: «Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.»

1 Juan 4:12: «Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros.»

1 Juan 4:17-18: «En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor.»

Pregunta para reflexión: ¿Experimentan ustedes el amor de Dios como una fuerza transformadora en sus vidas? ¿Pueden ver evidencia de que este amor está produciendo obediencia gozosa y creciente conformidad a Cristo?

C. LA CERTEZA DE ESTAR EN CRISTO

Versículo clave: «Por esto sabemos que estamos en él» (1 Juan 2:5c)

El apóstol Juan nos proporciona aquí una base objetiva para la seguridad de la salvación. La expresión «por esto» (ἐν τούτῳ — en toutō) apunta a la evidencia práctica de guardar la palabra de Dios. No dependemos de sentimientos fluctuantes ni de experiencias subjetivas para saber que pertenecemos a Cristo; podemos examinar el fruto de nuestras vidas.

1. «Sabemos» — conocimiento seguro y confiado

El verbo «sabemos» (γινώσκουμεν — ginōskomen) indica conocimiento experiencial y relacional, no meramente intelectual. Juan usa este verbo repetidamente en su epístola para enfatizar que los creyentes pueden tener certeza genuina de su estado espiritual. Note que dice «sabemos», no «esperamos» ni «suponemos».

El Pastor Bautista Albert N. Martin enseñó con gran claridad: «La seguridad de la salvación no es presunción; es el privilegio y el deber de todo creyente genuino. Dios no desea que sus hijos vivan en perpetua incertidumbre sobre su relación con Él. Nos ha dado pruebas objetivas para examinar — y una de las principales es la obediencia a su palabra.»

2. «Estamos en él» — unión vital con Cristo

La expresión «en él» (ἐν αὐτῷ — en autō) describe la unión mística pero real del creyente con Cristo. Esta es la doctrina central del Nuevo Testamento — estamos «en Cristo» y Cristo está «en nosotros». Es una unión de vida, de destino, de participación en su muerte y resurrección.

El Pastor Bautista y comentarista John Gill escribió: «Estar en Cristo es estar injertado en Él como las ramas en la vid, es participar de su vida, de su justicia, de su Espíritu. Esta unión es la fuente de toda santidad y toda obediencia en el creyente.»

3. La seguridad como motivación para la santidad

Algunos temen que enseñar la seguridad de la salvación produzca laxitud moral. Pero Juan demuestra lo contrario: es precisamente la certeza de estar en Cristo lo que impulsa al creyente a andar como Él anduvo. La seguridad no conduce a la pereza espiritual, sino a la gratitud y el esfuerzo diligente por agradar a aquel que nos amó y se entregó por nosotros.

El Pastor Bautista Andrew Fuller, en *El Evangelio Digno de Toda Aceptación*, argumentó vigorosamente que la gracia de Dios, lejos de promover el pecado, es el fundamento más sólido para una vida de santidad. El creyente que conoce el amor de Cristo no desea abusar de su gracia, sino honrarlo con una vida de obediencia.

Textos de apoyo:

2 Corintios 5:17: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.»

Juan 15:4–5: «Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.»

Romanos 8:1: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.»

Pregunta para reflexión: ¿Tienen ustedes certeza de que están en Cristo? Si alguien les preguntara cómo saben que son salvos, ¿qué evidencias podrían señalar en sus vidas?

D. LA OBLIGACIÓN MORAL DE ANDAR COMO CRISTO

Versículo clave: «El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo» (1 Juan 2:6)

Este versículo representa el clímax de la argumentación de Juan y el corazón de la cuarta prueba del verdadero creyente. El apóstol establece una obligación ineludible: quien profesa permanecer en Cristo *debe* (ὀφείλει — opheilei) andar como Él anduvo. No es opcional ni sugerencia; es deber moral imperativo.

1. «El que dice» — la profesión puesta a prueba

Juan utiliza nuevamente la expresión «el que dice» (ὁ λέγων — ho legōn) que ya apareció en 1:6, 8, 10 y 2:4. Esta fórmula introduce una profesión de fe que debe ser verificada por la conducta. Las palabras solas no son suficientes; deben corresponderse con las obras. Cualquiera puede *decir* que permanece en Cristo; la pregunta es si su vida lo demuestra.

El Pastor Bautista Sugel Michelén ha observado: «Hay una diferencia abismal entre profesar a Cristo y poseer a Cristo. La profesión puede ser hueca y vacía; la posesión se manifiesta en transformación de vida. El verdadero creyente no solo habla de Cristo; camina con Cristo y como Cristo.»

2. «Permanece en él» — comunión continua

El verbo «permanecer» (μένειν — menein) es uno de los términos favoritos de Juan, apareciendo más de 40 veces en su Evangelio y 24 veces en esta epístola. Significa morar, quedarse, continuar. Implica una relación de intimidad constante, no visitas ocasionales. El creyente verdadero *habita* en Cristo como su hogar permanente.

El Pastor Bautista Walter Chantry escribió: «Permanecer en Cristo no es una experiencia mística inalcanzable; es la realidad cotidiana del creyente que vive en dependencia de Cristo, que medita en su palabra, que ora sin cesar, que busca su gloria en todas las cosas. Es vivir conscientemente bajo su señorío.»

3. «Debe» — obligación moral ineludible

El verbo ὀφείλει (opheilei) indica una deuda moral, una obligación que surge de la naturaleza misma de la relación. Así como un hijo tiene la obligación moral de honrar a sus padres, el creyente tiene la obligación moral de imitar a su Señor. Esta no es una opción para creyentes «más comprometidos»; es el deber de todo aquel que profesa fe en Cristo.

La Confesión de Fe de Londres de 1689, capítulo 19, párrafo 5, declara: «La ley moral obliga para siempre a todos, tanto a los justificados como a los demás, a la obediencia de la misma; y esto no solamente en cuanto a la materia contenida en ella, sino también en cuanto al respeto de la autoridad de Dios el Creador, quien la dio.»

4. «Andar como él anduvo» — imitación práctica

El término «andar» (περιπατεῖν — peripatein) es una metáfora común en el Nuevo Testamento para describir la conducta diaria, el estilo de vida. La expresión «como él anduvo» (καθὼς ἐκεῖνος περιεπάτησεν) establece a Cristo como el modelo supremo de vida. El aoristo περιεπάτησεν contempla la vida terrenal de Jesús como un todo — su carácter, sus actitudes, sus prioridades, su trato con otros.

El gran evangelista Jonathan Edwards predicó con poder: «Cristo no solo nos redimió del pecado; nos dejó un ejemplo para que sigamos sus pisadas. La vida de Cristo es la cartografía

del camino cristiano. Cada creyente debe estudiarla diligentemente y esforzarse por recorrer ese mismo sendero.»

Textos de apoyo:

1 Pedro 2:21: «Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas.»

Filipenses 2:5: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús.»

Efesios 5:1-2: «Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.»

Pregunta para reflexión: Si alguien observara sus vidas durante una semana completa — sus palabras, sus actitudes, sus reacciones, sus prioridades — ¿verían en ustedes un reflejo del andar de Cristo?

E. LAS CARACTERÍSTICAS DEL ANDAR DE CRISTO QUE DEBEMOS IMITAR

¿Cómo anduvo Cristo? ¿Qué características de su vida terrenal debemos procurar imitar? Los Evangelios nos presentan un retrato completo y detallado del andar de nuestro Señor. Examinaremos cinco aspectos fundamentales:

1. Cristo anduvo en perfecta obediencia al Padre

La vida entera de Jesús fue caracterizada por la sumisión absoluta a la voluntad del Padre. Él declaró: «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra» (Juan 4:34). En Getsemaní, enfrentando la cruz, oró: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú» (Mateo 26:39).

Aplicación: ¿Buscamos conocer y hacer la voluntad de Dios en cada área de nuestras vidas? ¿O seguimos nuestros propios planes y pedimos a Dios que los bendiga?

2. Cristo anduvo en humildad y mansedumbre

Jesús dijo: «Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mateo 11:29). El Hijo de Dios, siendo igual a Dios, «se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo» (Filipenses 2:7). Lavó los pies de sus discípulos como ejemplo de servicio humilde (Juan 13:14-15).

El Pastor Bautista Spurgeon predicó: «La humildad es la flor más rara en el jardín de las gracias. Cristo la cultivó perfectamente, y nosotros debemos seguir su ejemplo. El orgullo destruye la comunión con Dios y con los hombres; la humildad abre las puertas de la bendición.»

Aplicación: ¿Nos caracteriza la humildad genuina? ¿Estamos dispuestos a servir en tareas que otros consideran indignas?

3. Cristo anduvo en amor sacrificial

«Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos» (Juan 15:13). Cristo no solo habló de amor; lo demostró con su vida y su muerte. Su amor no fue sentimental ni selectivo; amó incluso a quienes lo rechazaron y crucificaron.

William Carey, el primer misionero bautista en la India, ejemplificó este amor sacrificial. Dejó su país, su comodidad, su seguridad, para llevar el evangelio a quienes nunca habían oído de Cristo. Su vida fue un eco del andar de su Maestro.

Aplicación: ¿Estamos dispuestos a sacrificarnos por el bien de otros? ¿Amamos a quienes nos resultan difíciles de amar?

4. Cristo anduvo en comunión constante con el Padre

Los Evangelios registran que Jesús oraba frecuentemente, a menudo retirándose a lugares solitarios para comunión con el Padre (Marcos 1:35; Lucas 5:16). Antes de decisiones importantes, pasaba noches enteras en oración (Lucas 6:12). Su vida pública fluía de su vida secreta de comunión con Dios.

D. Martyn Lloyd-Jones enfatizó: «Si el Hijo de Dios, siendo quien era, necesitaba retirarse regularmente para orar, ¿cuánto más nosotros? La vida espiritual decae inevitablemente cuando descuidamos la comunión privada con Dios.»

Aplicación: ¿Tenemos una vida de oración consistente? ¿Buscamos la presencia de Dios diariamente, o solo en emergencias?

5. Cristo anduvo en santidad perfecta

Jesús pudo desafiar a sus adversarios: «¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?» (Juan 8:46). Él fue «tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15). Su vida fue inmaculada en pensamiento, palabra y obra.

Jerry Bridges, en *La Búsqueda de la Santidad*, escribió: «La santidad no es opcional para el cristiano; es esencial. No porque la santidad nos salve, sino porque somos salvos para ser santos. Cristo nos redimió para que fuésemos conformados a su imagen, y su imagen es perfecta santidad.»

Aplicación: ¿Luchamos activamente contra el pecado en nuestras vidas? ¿Hay pecados que toleramos porque los consideramos «pequeños» o «respetables»?

Textos de apoyo adicionales:

1 Corintios 11:1: «Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo.»

Colosenses 3:10: «Y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno.»

Romanos 8:29: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.»

Pregunta para reflexión: De las cinco características del andar de Cristo que hemos examinado — obediencia, humildad, amor sacrificial, comunión con Dios, y santidad — ¿cuál necesitan cultivar más en este momento de sus vidas?

CONCLUSIÓN Y APLICACIÓN PRÁCTICA

Queridos hermanos, hemos examinado la cuarta prueba del verdadero creyente: **sabemos que somos cristianos porque andamos como Cristo anduvo**. Esta prueba no es para desanimarnos ni para hacernos dudar de nuestra salvación. Es para examinarnos, para impulsarnos hacia adelante en nuestra conformidad a Cristo.

El Pastor Bautista Paul Washer ha resumido esta verdad con estas palabras penetrantes: «El verdadero creyente no es perfecto, pero es genuino. No ha alcanzado la meta, pero corre hacia ella. No ha llegado a la semejanza completa de Cristo, pero la anhela profundamente. La evidencia de la vida nueva no es impecabilidad, sino dirección — ¿hacia dónde apunta su vida? ¿Hacia Cristo o hacia el mundo?»

Recordemos los cinco puntos que hemos estudiado:

A. El significado de guardar la Palabra de Dios — no mero conocimiento, sino obediencia amorosa y constante.

B. El amor de Dios perfeccionado en nosotros — el amor divino que alcanza su propósito transformándonos.

C. La certeza de estar en Cristo — podemos saber que pertenecemos a Él por la evidencia de nuestras vidas.

D. La obligación moral de andar como Cristo — no es opcional, sino deber de todo creyente genuino.

E. Las características del andar de Cristo que debemos imitar — obediencia, humildad, amor, comunión, y santidad.

La pregunta que debe resonar en nuestros corazones al concluir es esta: ***¿Deseamos verdaderamente imitar a Cristo? ¿Anhelamos genuinamente crecer en conformidad con Él?***

Si la respuesta es sí, aunque imperfectamente, aunque con luchas y caídas, aunque con lentitud — esa misma respuesta es evidencia de la obra de gracia en nuestras vidas. El inconverso no desea andar como Cristo; le es indiferente o incluso hostil. Pero el verdadero creyente, aunque falle muchas veces, *anhela* la semejanza a su Salvador.

El Pastor Bautista John Bunyan, en *Gracia Abundante para el Principal de los Pecadores*, confesó sus muchas luchas y fracasos, pero también testificó de su deseo constante de conocer a Cristo y ser como Él. Esta tensión entre lo que somos y lo que anhelamos ser es la marca del peregrino genuino.

Exhortación final: Hermanos, fijen sus ojos en Cristo. Estudien su vida en los Evangelios. Mediten en su carácter. Oren pidiendo al Espíritu Santo que los transforme a su imagen. Y luego, por gracia, esfuércense por andar como Él anduvo — un paso a la vez, un día a la vez, hasta que le veamos cara a cara y seamos semejantes a Él.

Oremos:

«Padre celestial, te damos gracias por tu Hijo Jesucristo, quien anduvo perfectamente en este mundo y nos dejó ejemplo para que sigamos sus pisadas. Confesamos que frecuentemente fallamos en imitarlo. Nuestro andar es titubeante, nuestra obediencia imperfecta, nuestro amor frío. Pero te rogamos que por tu Espíritu nos transformes cada día más a la imagen de Cristo. Que el amor que nos has mostrado sea perfeccionado en nosotros, produciendo fruto abundante para tu gloria. Ayúdanos a andar como Él anduvo — en humildad, en amor, en santidad, en comunión contigo. Y cuando fallemos, levántanos nuevamente y guíanos hacia adelante. Por los méritos de tu Hijo oramos. Amén.»

Conexión con el estudio anterior y siguiente:

En nuestro estudio anterior examinamos la tercera prueba: el reconocimiento de que somos pecadores necesitados de gracia. Esta cuarta prueba fluye naturalmente de aquella — precisamente porque reconocemos nuestra pecaminosidad es que nos aferramos a Cristo y buscamos andar como Él. En nuestro próximo estudio examinaremos la quinta prueba: que sabemos que somos cristianos porque amamos a los hermanos (1 Juan 2:9–11). Veremos cómo el andar como Cristo incluye necesariamente el amor práctico hacia la familia de la fe.

BIBLIOGRAFÍA

- Bridges, J. (1978). *The pursuit of holiness*. Colorado Springs, CO: NavPress.
- Bunyan, J. (1666/2018). *Grace abounding to the chief of sinners*. Edinburgh: Banner of Truth.
- Bunyan, J. (1678/2020). *El progreso del peregrino*. Barcelona: Editorial CLIE.
- Dagg, J. L. (1857/1990). *Manual of theology*. Harrisonburg, VA: Gano Books.
- Edwards, J. (1959/2003). *Devotions from the pen of Jonathan Edwards* (R. G. Turnbull & D. Kistler, Eds.). Morgan, PA: Soli Deo Gloria Publications.
- Fuller, A. (1801/2019). *El evangelio para todos los hombres*. Barcelona: Editorial CLIE.
- Gill, J. (1746-1763). *Exposition of the Old and New Testaments*. London: Mathews and Leigh.
- Lloyd-Jones, D. M. (1971). *Preaching and preachers*. Grand Rapids, MI: Zondervan.
- Martin, A. N. (2018). *The practical implications of Calvinism*. Edinburgh: Banner of Truth.
- Robertson, A. T. (1934). *Word pictures in the New Testament*. Nashville, TN: Broadman Press.
- Segunda Confesión Bautista de Londres (1689/2020). Barcelona: Editorial CLIE.
- Spurgeon, C. H. (1855-1892). *The Sword and the Trowel*. London: Passmore and Alabaster.
- Washer, P. D. (2017). *The gospel's power and message*. Grand Rapids, MI: Reformation Heritage Books.